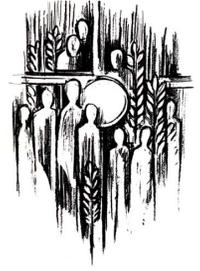


Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo A

*El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos,
formamos un solo cuerpo,
porque comemos todos del mismo pan. (1 Co 10,17)*



Primera lectura

Deuteronomio 8,2-3.14b-16a

Habló Moisés al pueblo y dijo: Recuerda el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no. El te afligió haciéndote pasar hambre y después te alimentó con el maná – que tú no conocías ni conocieron tus padres – para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios. No sea que te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un sequedal sin una gota de agua; que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres.

Segunda lectura

1 Corintios 10,16-17

Hermanos y hermanas: El cáliz de nuestra acción de gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.

Evangelio

Juan 6,51-59

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: – Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí: – ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: – Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.
El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.
El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.
Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

Meditación

En esta pequeña sección el tema eucarístico acapara todo el interés del evangelista. Se nos dice que la vida eterna es el efecto no de "creer" en Jesús, sino de "comer" su carne. La expresión "comer la carne y beber la sangre" tienen siempre un sentido peyorativo de venganza. Si en nuestro texto tiene un sentido positivo, como ocurre en realidad, sólo puede explicarse desde el contexto eucarístico. La persona de Jesús, recibida por la fe, es el medio por el cual es dada y sostenida la vida eterna. Jesús afirma que es su misma carne la que es el pan de vida.

Mi carne dada, entregada por la vida del mundo. Se hace referencia a la muerte de Jesús. El crudo realismo de las expresiones – comer la carne y beber la sangre – obedece a una doble intención del evangelista. Una intención anti-doceta: se afirma la plena y verdadera realidad de la humanidad de Cristo. Pero, además de oponerse a la "espiritualización" de la humanidad de Cristo, aquí tenemos una oposición, más radical si cabe, a la "espiritualización" de la realidad de la "carne y sangre eucarísticas".

La eucaristía, significa, por otra parte, continuación, a través del tiempo, de la encarnación. Es significativo que el evangelista haya reservado la palabra "carne" para describir la encarnación y presentar la eucaristía.

La insistencia en la realidad de la carne y de la sangre no pueden llegar hasta el extremo de atribuir a la eucaristía un poder mágico. Estos versos dicen relación a los anteriores, donde se pone de relieve la necesidad de la fe en Jesús. Y la yuxtaposición de los dos discursos enseña que el don de la vida viene a través de la recepción creyente del sacramento. La eucaristía no es nada sin la fe. Tener la vida eterna significa estar en unión con Jesús. Y esta comunión es participación de la que existe entre el Padre y el Hijo.

La Eucaristía es el misterio de nuestra fe. Su celebración sigue contradiciendo convicciones y vivencias nuestras como contradijo las de los oyentes de Jesús en Cafarnaúm. No solo se contrapone al maná, el pan de su venerado Moisés. Responde, además, a los que quieren coronarle como Mesías, que ese Mesías ha de entregarse y derramar su sangre. El que acepte esto vivirá. Sin fe en un Mesías que salva y da la vida muriendo, no hay Eucaristía. Tampoco hay Eucaristía (eso pregunta asombrado Pablo) sin la conciencia de la unión que debe crear entre los participantes el comer todos del mismo pan.

Creemos en la presencia real del cuerpo y de la sangre del Señor en el sacramento de la Eucaristía. El mismo Señor está también presente en la comunidad cristiana, que es su Cuerpo.

En la Eucaristía hacemos memoria de la vida de Jesús: se entregó a todos, como se parte y comparte el pan común; dio su vida por los hombres, como se derrama el vino en la copa de un banquete de hermanos.

El sacramento del cuerpo y la sangre del Señor nos llena, a su vez, de la gracia de la comunión con él y con los miembros de la Iglesia. Es también prenda de la gloria futura, pues nos anuncia ese estado en el que todos viviremos en comunión por la presencia de Dios, que será "todo en todo".